



Capítulo

1

El primer evento social de Gillian Leigh en la Temporada comenzó con lo que muchos miembros de la aristocracia definieron como una extraña advertencia de las «cosas venideras».

—Bien, qué demonios. Esto no me va a granjear la simpatía de la duquesa.

Gillian observó consternada que las llamas envolvían las cortinas de terciopelo dorado a pesar de sus intentos por sofocarlas con un cojín de seda y borlas. Los chillidos y gritos de horror le permitieron concluir que otras personas presenciaban sus actos, aunque había tenido la esperanza de que pasaran desapercibidos hasta tener controlado el fuego.

Dos lacayos se apresuraron con cubos de agua y pronto extinguieron las llamas, pero era demasiado tarde, el daño ya estaba hecho. El elogiado salón Dorado de la duquesa nunca sería el mismo. Gillian apretó un cojín tiznado contra su pecho y observó abatida las cortinas ennegrecidas que eran enrolladas rápidamente ante pe-

queños grupos de personas que hablaban atentas, mirando a todos lados menos a ella.

—Estoy sellando mi destino como paria social, sin duda alguna —murmuró para sus adentros.

—¿Quién...? ¿Y qué demonios ha pasado aquí? Lady Dell dijo algo sobre que estabas incendiando la casa, pero ya sabes cómo exage... ¡Dios mío!

Gillian exhaló un suspiro y sonrió lánguidamente cuando su prima, y mejor amiga, vio la pared tiznada.

—Me temo que es cierto, Charlotte, aunque no me proponía incendiar la casa; fue sólo uno más de mis «desafortunados accidentes».

Charlotte examinó la pared que hasta hacía poco había estado recubierta con paneles dorados, se mordió el labio, y miró a su prima.

—Bien, creo que has logrado que todos hablen de tu debut. ¡Mírate! Estás llena de hollín, tus guantes están hechos un desastre. Y podrías limpiarte el corpiño.

Gillian no pudo resistirse y estornudó, mientras Charlotte intentaba arreglarse un poco su tiznado vestido de muselina verde.

—Yo no quería hacer ningún debut. La única razón por la que estoy aquí es porque tu madre insistió en que sería muy extraño que yo permaneciera en casa mientras tú disfrutabas de la Temporada. Tengo veinticinco años, Charlotte; ya no soy ninguna jovencita como tú. Y en lo que se refiere a ser la comidilla de toda la nobleza, estoy segura de que así será, dirán que soy una americana torpe que no puede dejar de asistir a los eventos sociales sin hacer estragos.

Charlotte puso los ojos en blanco, tomó a su prima por la muñeca, la condujo entre los grupos de invitados

que conversaban animadamente, y salió con ella del salón.

—Sólo eres mitad americana, y no eres torpe. Sólo eres... entusiasta, y ligeramente proclive a tener «desafortunados accidentes». Pero como dice mamá, todo tiene un final feliz. Repondremos las cortinas, y estoy segura de que la duquesa comprenderá que el fuego sólo fue uno de esos sucesos inevitables. Ven, volvamos adentro. Ha sucedido algo emocionante: ha llegado el Conde Negro.

—¿Quién?

—El Conde Negro; lord Wessex. Dicen que quiere echarse novia otra vez.

—¿En serio? ¿A eso ha venido? No podemos perdérselo. ¿Y lo va a hacer aquí mismo?

—¡Gillian! —dijo Charlotte frenando en seco en pleno corredor, obstruyendo el paso en ambas direcciones. Sus ojos azul porcelana adoptaron una expresión de verdadero horror—. ¡No puedes decir eso en compañía de gente educada! Eres muy escandalosa, ¡y no permitiré que lastimes mis delicados y castos oídos!

Gillian le sonrió y la empujó suavemente para que se pusiera en marcha.

—Sinceramente Charlotte, no veo cómo puedes fingir de una manera tan pasmosa sin pagar las consecuencias.

—Es la práctica. Gilly; cada mañana dedico una hora a perfeccionar un aspecto tímido y recatado. Si hicieras lo mismo, te vendría de maravilla, podrías incluso conseguir esposo, lo que seguramente no harás si sigues siendo tan...

—¿Honestas?

—No.

—¿Directa?

—No.

Gillian se mordió los labios.

—¿Modesta? ¿Sencilla? ¿Franca?

—No, no. Desfachatada: eso es lo que eres. Completamente desfachatada y sin el menor sentido de la etiqueta social. No puedes seguir diciendo lo que piensas; eso no se hace en los círculos refinados.

—Algunas personas valoran la sinceridad.

—No en la alta sociedad. Deja de perder el tiempo y adopta una expresión adecuada.

Gillian suspiró y trató de adoptar el aire recatado que se esperaba de una mujer de su edad.

—Ahora tienes un aire terco —le dijo Charlotte frunciendo el ceño, y le sonrió con picardía. Pasó el brazo por el hombro de su prima y la condujo al salón—. No te preocupes, tu cara no tiene la menor importancia. Ven, no queremos perdernos a lord Wessex. Mamá dice que es todo un libertino y que ya no es bien recibido entre la buena sociedad. Me muero de impaciencia por ver su aspecto depravado.

—¿Qué fue lo que hizo para que hasta los viejos verdes, los vividores y lujuriosos que abundan en la aristocracia lo rechacen?

A Charlotte le brillaron los ojos de emoción.

—Lady Dell dice que asesinó a su primera esposa tras encontrarla en brazos de su amante. Se rumorea que le pegó un tiro en la cabeza, y que erró el disparo que le lanzó a su enamorado.

—¿En serio? ¡Es fascinante! Debe de ser un hombre terriblemente emotivo y descontrolado para ser incapaz

de tolerar una aventura de su esposa. Yo creía que ese tipo de conducta era de rigor entre la élite.

Esquivaron pequeños grupos de invitados elegantemente vestidos, y se detuvieron en las puertas que conducían al salón. Una multitud atestaba el reducido lugar y lo hacía sofocante y falto de aire. Charlotte se abanicó vigorosamente con las manos y le siguió contando a Gillian todo lo que sabía del conde.

—Sólo viste de negro; y se especula que en señal de culpa, pues no ha dejado de llevar luto aunque hace más de cinco años que mató a su esposa. Cuentan que ella lo maldijo y que también por eso se viste así. Además se dice algo acerca de un hijo...

La voz de Charlotte se convirtió en un susurro confidencial y a Gillian le costaba oírla debido al parloteo de un grupo de señoras que había cerca.

—... y que es ilegítimo.

—¿Un bastardo? —preguntó Gillian confundida.

—¡Gillian! —exclamó Charlotte, quien mirando consternada a las señoras, condujo a su prima hacia las puertas del salón—. ¡Cielos! Eres menos civilizada que un piel roja. Debió de ser viviendo entre ellos como te volviste tan informal. ¡Cuida esa lengua!

Gillian murmuró una disculpa fingida y siguió pinchando a su prima.

—¿Quién es ilegítimo? ¿El conde?

—¡Gilly! No seas idiota. ¿Cómo va a ser ilegítimo un conde? Trata de prestar atención. Te estaba diciendo que lord Wessex asesinó a su primera esposa porque se negó a darle un hijo y se refugió en su amante. ¿No te parece emocionante? Se dice que ella le pidió el divorcio para casarse con su enamorado, pero él le dijo que si no era

suya tampoco sería de ningún otro hombre, y acto seguido le disparó ante la impávida mirada de aquél. —Charlotte suspiró—: ¡Es tan romántico!

—Definitivamente tu idea del romanticismo es muy distinta a la mía —dijo Gillian, mientras miraba a los dandis, italianos estirados, petimetres, ancianos con pantalones de seda, y otros miembros de esa pequeña élite, quienes poseían la fortuna, el rango y la reputación para ser considerados como miembros de la aristocracia.

—¿Y ese hombre está aquí? ¿Quién es? ¿Es jorobado, tiene aspecto macabro, mirada taciturna, camina con bastón? ¿Se come a las mujeres con los ojos?

Charlotte frunció el ceño.

—No seas ridícula. El conde no es un monstruo, por lo menos no en su aspecto. Es muy apuesto, si te gustan los hombres grandes e imponentes; a mí me encantan así: si son condes, por supuesto, o tal vez vizcondes, pero no menos, ¿entiendes? —Y se anticipó a las preguntas de su prima avanzando hacia las puertas—. Ven; comprobaremos si el rumor es cierto.

—¿Qué rumor?, ¿que el conde asesinó a su esposa o que está buscando otra?

—Lo último. Y muy pronto lo sabré: los hombres no pueden guardar un secreto como ése por mucho tiempo.

—Mmm, no, supongo que no. Si sus intenciones no se revelan claramente en las miradas inquisitivas que les lanzan a todas las mujeres casaderas, lo manifiestan por la forma en que examinan los dientes y movimientos de su futura novia.

Charlotte se esforzó en contener la risa.

Nobles intenciones

—Mamá dice que no debo escucharte, que eres incorregible y una mala influencia.

Gillian se rió con su prima mientras entraban al salón agarradas del brazo.

—Menos mal que ella no sabe todo lo que he aprendido de ti, querida prima. Y bien, después de que veamos a ese sinvergüenza de primera línea, me dirás quién te llama la atención. Como le dije a tía Honoria, estoy decidida a que termines tu Temporada comprometida con alguien que valga la pena, pero no podré contribuir a tu felicidad si no me dices quién quieres que sea tu víctima.

—Ah, eso es sencillo —replicó Charlotte con una beatífica expresión de inocencia, perturbada tan sólo por una sonrisa completamente malvada—. Es bien sabido que los hombres disolutos son los mejores esposos. Creo que elegiré al peor de todos, uno que esté lleno de vicios, malos hábitos, y una reputación que haga desmayarse a mamá y despotricar a papá; luego me encargaré de reformarlo.

—Parece un trabajo excesivo, sólo para encontrar un esposo adecuado.

—Realmente no. —Charlotte abrió su abanico y fingió una expresión tímida—. Bien, ya sabes lo que dicen.

—No, ¿qué dicen?

—Que la necesidad es la madre de la intención.

—Invención, Charlotte.

—¿Qué?

—La necesidad es la madre de la *invención*.

Charlotte la miró de soslayo y le dio un golpecito en la muñeca con su abanico.

—No seas ridícula, ¿de dónde habría de sacar yo una invención? Intenciones tengo muchas, suficientes, gracias. Ahora ven; veamos a ese conde encantadoramente libertino. Si es tan malo como dice mamá, me vendrá como anillo al dedo.

Gillian se rió y cruzaron el salón iluminado. Tres hombres que estaban cerca se dieron la vuelta al escuchar sus risas y se deleitaron contemplando la bonita escena que entre las dos componían.

—¿Qué tenemos aquí? —El más bajito de todos, elegantemente ataviado con pantalones de satén color salmón y un chaleco bordado de seda marfil, levantó su monóculo y miró a las dos mujeres—. Ah, es la mocosa de Collins. ¿Quién es la otra mujer?

El más alto del grupo arqueó sus cejas.

—No tengo la menor idea, Tolly. Tú, que eres el experto en los círculos sociales, nos dirás quién es.

Sir Hugh Tolliver jugueteó con su vaso.

—Tú lo sabrías, si vinieras más a menudo a la ciudad, Wessex. Ni siquiera has asistido a las sesiones del Parlamento en los últimos cinco años. No te hace nada bien encerrarte tanto en el campo, amigo mío. Un hombre de tu nivel debería estar en la ciudad y tomar el lugar que le corresponde en sociedad. Tu título y tu familia te lo exigen.

El Conde Negro le lanzó una mirada indulgente. Tolly siempre había sido un poco romántico, y parloteaba sobre la época de la caballería y los derechos de la nobleza.

—Te pareces a mi madre, Tolly —le dijo, todo lo cortésmente que pudo, y se dio media vuelta para observar a las dos mujeres—. Ahora estoy aquí, y ya es suficiente.